

Existen lugares donde se han petrificado bosques enteros. Es un proceso que suele ocurrir en el fondo de los lagos, después de una erupción volcánica. La puerta de la habitación del abuelo no se había petrificado ni era de roca, pero sí de algo muy parecido. Su médula era más fuerte que la piedra porque era menos quebradiza. El hacha de Frank podría haber abierto una brecha en una puerta petrificada, pero no en la del abuelo.

El filo del hacha vibró contra la madera y rebotó. Frank la dejó en el suelo, apoyada contra la pared, se sacudió las manos y examinó la marca que había hecho. Había golpeado una hendidura que había junto al panel derecho, en la parte superior de la puerta. La madera debería ser igual de fina ahí que en cualquier otra parte de la puerta, por lo que el hacha debería haberla atravesado. En cambio, la profundidad de la muesca que había producido el golpe era de unos treinta milímetros. Frank no dijo nada. Tampoco miró a Henry. Simplemente cogió el hacha y comenzó a golpear la puerta de nuevo.

Henry lo observaba, viendo cómo cada hachazo rebotaba en la puerta. Frank la atacaba por la izquierda y por la derecha, siempre en los bordes de los paneles, pero el hacha saltaba, brincaba sobre la madera, se escurría, se retorció. Frank finalmente paró, jadeante, y se secó el sudor de la cabeza. Toda la moqueta estaba salpicada de astillas.

100 puertas, N D. Wilson